3237

EL TEATRO.

COLECCION DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS.

DESDE LA GRANJA

Á SEGOVIA,

COMEDIA

EN DOS ACTOS Y EN VERSO,

POR

DON EMILIO ALVAREZ.

MADRID.
ALONSO GULLON, EDITOR.
PEZ.—40.—2.°

1875

DESDE LA GRANJA Á SEGOVIA.

DESDE LA GRANJA Á SEGOVIA,

COMEDIA

EN DOS ACTOS Y EN VERSO,

POR

DON EMILIO ALVAREZ.

Representada por primera vez con extraordinario éxito en el Teatro de la COMEDIA el 28 de Noviembre de 1875.

MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ.—CALVARIO, 18.
1875.

PERSONAJES.	ACTORES.
JUSTA.....	Doña Soledad Morera.
DOÑA SINFOROSA.....	Doña Balbina Valverde.
SABINA.....	Doña Cármen Calmarino.
JOAQUIN HERNANDEZ.....	Don Emilio Mario.
DON CENON.....	Don Rafael Jover.
DON REMIGIO CASA-MATA....	Don Mariano Ballesteros.
MARTIN.....	Don Ricardo Zamacois.

Acompañamiento.

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los paises con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traduccion.

Los comisionados de la Galería Lírico-Dramática, titulada El Teatro, de D. ALONSO GULLON, son los exclusivamente encargados de conceder ó negar el permiso de representacion y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

ACTO PRIMERO.

Patio de un parador con gran puerta de entrada al fondo. Mesa y bancos de madera.

ESCENA PRIMERA.

SABINA, D. CENON.

SABINA. (Saliendo por la izquierda.)
Está bien, señora; todo
se hará como usted lo manda.
Qué faena! qué mareo!
Está llena la posada...
todos quieren ser servidos
al mismo tiempo.

CENON. (Llega por el fondo precipitadamente, cruzando la escena en todas direcciones.)
¡Muchacha!
Han venido más viajeros?

SABINA. Pues si está llena la casa.

CENON. Y vino entre ellos un jóven...

SABINA. No sé.

CENON. Uno que se llama...

SABINA. Aquí á nadie conocemos
por el nombre.

CENON. Y por la facha?

SABINA. Aquí sólo se conoce

606940

á la gente por la plata.

CENON. Entónces á ver si á mí
me conoces. (La da una moneda.)

SABINA. Muchas gracias.
Usté es todo un caballero.

CENON. Á ver si te avispas.

SABINA. ¡Vaya!

CENON. Observa á todos los huéspedes
que lleguen á la posada;
y en llegando uno... entre-jóven,
de una estatura mediana,
y así... entre moreno y rubio,
y entrecerrado de barba,
entre gordo y entre flaco,
y entre elegante en la traza,
entreserio... y cuyas señas
particulares me faltan,
que se llama... no me acuerdo
ahora cómo se llama;
pero en fin, en cuanto venga
me avisas.

SABINA. Quedo enterada.

CENON. (Sin cesar de ir y venir por todas partes.)
Ah! Queda algun carruaje
disponible?

SABINA. Una tartana.

CENON. Que la enganchen.

SABINA. Es el caso
que la tienen ya alquilada
unas señoras.

CENON. Entónces
no está disponible.

SABINA. ¡Vaya!
Disponible... para ellas.

CENON. (Qué bestia es esta muchacha!)
Ah! Te advierto que me voy
ahora mismo de la Granja.

SABINA. Y á dónde va usté?

CENON. Á Segovia:
y hay dos legüecitas largas,
y eso de ir á pie...—No hay
caballerías en casa?

SABINA. Que se encuentre disponible
no hay más que la burra parda.
CENON. Disponible... para mí?
SABINA. Y para cualquiera.
CENON. Gracias;
que me aparejen la burra.
SABINA. Descuide usted.
CENON. Sin tardanza.
SABINA. Voy á mandar ahora mismo
que le echen á usted la albarda.
CENON. Cuando digo yo que es
muy cerril esta muchacha!
(Sale corriendo por el fondo.)

ESCENA II.

SABINA, MARTIN.

SABINA. (En alta voz dirigiéndose á una puerta de la derecha.)
Juan! apareja la burra.
Bruno! engancha la tartana!
MARTIN. (Llegando jadeante por el fondo y dejándose caer en un banco.)
Qué calor! Estoy rendido...
traigo la ropa empapada.
(Repara en Sabina, que se halla vuelta de espaldas.)
Guapa chica! Lindo talle!
Lo que es vista por la espalda...
por las trazas debe ser
amable. Veamos la cara.
(Martin coge á Sabina por la cintura: Sabina se vuelve con rapidez dándole un bofeton.)
SABINA. ¡Bribon!
MARTIN. (Llevándose la mano al carrillo.)
Canario!
SABINA. Ay, Dios mio!
perdone usted... yo pensaba
que era Ginesillo el mozo.
MARTIN. Pero, chiquita... caramba!
aunque fuera Ginesillo.

Vaya una mano pesada!

SABINA. Le escuece á usted?

MARTIN. Ay, qué ojos!

SABINA. Las manos quietas.

MARTIN. (Persiguiéndola.) Aguarda.
Ven aquí.

SABINA. (Con la accion.) ¿Repito?

MARTIN. Quita!
No por Dios!—Una palabra.
Llegó ya la diligencia
de Madrid?

SABINA. Esta mañana.

MARTIN. No viene otra por la tarde?

SABINA. La de Segovia; aquí para;
pero no trae hora fija;
unas veces se adelanta,
y otras... como vienen llenos
los coches... aquí en la casa
se quedan todos vacíos;
y como este año hay jornada...
Véle ahí usté.

MARTIN. Si no hay
donde meterse en la Granja.
Yo vengo huyendo de allí;
mejor se está en tu posada.

SABINA. Como que está á cuatro pasos
del Sitio; y aquí se hallan
mayores comodidades
en la mesa y en la cama.
Pues y economía?

MARTIN. Sí,
la vida aquí es muy barata.
Por dormir en un desvan
y comer en una cuadra,
con pan moreno y con vino
que parece canchelagua,
sesenta reales al dia.

SABINA. Si este meson tiene fama.
Siempre está lleno; y hoy más;
como que hoy corren las aguas.

MARTIN. (Despues de abrir y registrar una cartera.)
Y dime, no pára aquí

un notario...

SABINA. Sí; aquí pára
todo el mundo.

MARTIN. De Segovia;
don Remigio Casa-Mata.

SABINA. Casa-Mata... es que hay dos
del mismo nombre.

MARTIN. Este gasta
peluca.

SABINA. Tambien el otro.

MARTIN. Y anteojos.

SABINA. Y este antiparras.

MARTIN. Este es tuerto.

SABINA. El otro tiene
el ojo izquierdo de pasta.

MARTIN. Este cojea.

SABINA. Y aquel
tiene torcida una pata.

MARTIN. Este lleva...

SABINA. (Soltando una carcajada.)
Pues tambien
se lleva aquel cuanto agarra.

MARTIN. En fin, no sabes...

SABINA. No sé...
Por las señas no está en casa.

MARTIN. Quedo enterado.

SABINA. Si usted
otra cosa no me manda...

MARTIN. Ah, sí; tráeme una chuleta.

SABINA. Bueno, señor.

MARTIN. Con patatas.

SABINA. Se la serviré á uste aquí,
porque está llena la casa.

MARTIN. Pues señor, continuaremos
las indagaciones.—¡Cáspita!
Molido estoy; los encargos
de mi señor tienen gracia:
me hace andar de ceca en meca
y aún no he conseguido nada.—
(Mirando por el fondo.)
Un coche! Voy al camino
á ponerme de atalaya.

ESCENA III.

SABINA, D. CENON.

SABINA. Cuántas preguntas... y qué
tiroteo de palabras!
Y qué modo de mandar,
y qué *pedrominio* gastan;
como si una fuera aquí
una sirviente.

CENON. (Entrando precipitadamente por el fondo.)
Muchacha!
Qué hay de nuevo?

SABINA. Otra te pego!

CENON. Ha venido álguien?

SABINA. Ni un alma.

CENON. Si viene...

SABINA. Vele ahí que venga.

CENON. Un jóven...

SABINA. ¡Dale machaca!

CENON. Ya sabes...

SABINA. Ya sé.

CENON. Me avisas.

SABINA. Bueno. (Este viejo está en babia.)

ESCENA IV.

LOS MISMOS, SINFOROSA.

SINF. (Saliendo.) Muchacha!

SABINA. Mándeme usted.

SINF. Está lista la tartana?

SNBINA. Ya mandé enganchar.

SINF. Ya es hora.

SABINA. Volveré á mandarlo.

SINF. Anda.

ESCENA V.

SINFOROSA, D. CENON.

CENON. Calle! Eres tú quien tenía
la tartanita alquilada?

SINF. Como que he de estar yo en todo;
si una de tí se fiara...
CENON. Si yo lo hubiera sabido...
yo ajusté una burra parda.
SINF. Quita allá; no he visto hombre
más inútil; por las trazas
veo que nos quedaremos
sin la herencia suspirada.
CENON. Todo puede ser.
SINF. ¡Cenon!...
CENON. Y qué quiéres que yo haga?
¿Dónde improviso yo un novio
si el que esperamos nos falta?
Aún no ha venido.
SINF. Si tú
te estás con esa cachaza!
CENON. Pero si no hay quien me indique...
SINF. Pero si tú no lo indagas.
CENON. Si no se presenta nadie.
SINF. Si debe estar ya en la Granja.
CENON. ¿Quién lo afirma?
SINF. Celestino
lo dice claro en su carta.
(Sacando una carta.)
CENON. Dame acá.—«Querida tia...»
SINF. Pasa adelante.
CENON. «Mi estancia
precisa aquí...»
SINF. Pasa en blanco...
CENON. «Por lo tanto...»
SINF. Pasa, pasa.
CENON. «Asunto tan serio...»
SINF. Aquí.
CENON. «Como este de que se trata:
les doy á ustedes el único
medio que todo lo allana.
Mi amigo Joaquin Hernandez
reune las circunstancias
apetecidas, y tiene
inclinacion á mi hermana.
He ido á buscarle, y me han dicho
que hoy mismo se va á la Granja:

con esta fecha le escribo
dándole noticia exacta
del caso; ustedes ahora
fuerza es que á su encuentro salgan
Las señas que envío adjuntas
son terminantes...»

SINF. (Quitándole la carta y guardándosela.)
Ya basta.
Busca tú ahora.

CENON. Ya busco;
mas las señas son tan vagas...
vaya usté á buscar á un
estudiante en Salamanca.
Cómo hago yo?...

SINF. Si querrás
que á la mano te le traigan?

CENON. Pero olvidas que tenemos
citada á la gente en casa
hoy mismo, y que hoy mismo debe
quedar extendida el acta?
Hoy á las seis de la tarde
irán... (Mirando el reló.) Y son las tres dadas.
Si aquí nos estamos, quién
los recibe cuando vayan?
Si á lo ménos estuviera
Justa allí...

SINF. ¡Pobre muchacha!

CENON. ¿Por qué la has traido?

SINF. Porque
hacía aquí mucha falta.
Entraba en mi plan; si tú
no fueras tan papanatas,
y hubieras hallado á ese hombr
vista aquí... la chica es guapa,
y hay más poesía aquí;
porque el bosque... y la enram
y las perfumadas brisas...
y el lago... en una palabra:
en el campo tienen más
atractivos las muchachas,
y aquí la impresion primera
hubiera sido más grata.

CENON. Sí; todo eso es muy bonito;
pero ello es que el tiempo pasa,
y tenemos que volver
á Segovia sin tardanza.
SINF. Pero...
CENON. Ya he dado á Martin
las órdenes necesarias;
Martin dará con el hombre.
SINF. Y si Martin no le halla?
CENON. En tal caso, renunciamos
á la herencia, y santas pascuas.
(Llamando desde la puerta de la izquierda.)
Justita!... Justa!... Sobrina!
Ven, que tu tia te llama.

ESCENA VI.

SINFOROSA, CENON y JUSTA.

JUSTA. ¿Qué quiere usted?
SINF. Que nos vamos.
CENON. Que nos volvemos á casa.
JUSTA. Que nos volvemos? Entónces
á qué hemos venido?
CENON. Á nada.
SINF. ¡Hum! Quédate con tu tio,
que yo pierdo ya la calma.
JUSTA. Pero tia...
SINF. Voy á hacer
que nos pongan la tartana.
(Se va por la puerta izquierda.)
JUSTA. Tio...
CENON. Vete con tu tia;
yo voy con la burra parda.
(Se va por el fondo.)

ESCENA VII.

JUSTA.

¡Qué divertido viaje!
Vinimos esta mañana,

y nos vamos, sin parar
siquiera un dia en la Granja.
(Lejano rumor de voces.)
Oh, Dios! ¿Qué voces son esas?

ESCENA VIII.

JUSTA, SABINA, despues JOAQUIN.

SABINA. Que se estrella! Que se mata!
JUSTA. ¿Quién?
SABINA. Un jóven, que sin duda
se dirige á esta posada.
Se le desbocó el caballo...
Véalo usté por la ventana.
Le va á tirar... le tiró!
JUSTA. Jesús! (Apartando la vista.)
SABINA. No; ya se levanta.
Está herido... tiene sangre...
(Saliendo gritando por el fondo.)
¡Bruno! ¡Juan! ¡Vinagre! Agua!
JUSTA. ¡Pobre jóven! No me atrevo
á mirar... ¡Jesús me valga!
JOAQUIN. (Apareciendo en el fondo con el traje desordenado y manchado de polvo.)
Dejadme en paz; si ya he dicho
que no me ha hecho ningun daño.
JUSTA. (Sin lograr reponerse del susto.)
¡Dios mio!
JOAQUIN. Eh! Quién se queja
por aquí?
JUSTA. ¡Dios sea loado!
No se ha lastimado usted?
JOAQUIN. Ha sido un pequeño salto...
(Sacudiéndose el polvo con el pañuelo.)
poca cosa... (¡Lindos ojos!
Y qué cintura... y qué brazos!...
Buen modelo!)
(Justa, próxima á desvanecerse, busca apoyo en un banco.)
Señorita,

ese maldito caballo...
perdone usted;—¡oh, Dios mio!
(Justa cae desplomada en el asiento.)
vacila... se ha desmayado.
Mozo!... Muchacha!

ESCENA IX.

JUSTA, JOAQUIN, SABINA, SINFOROSA.

SABINA. ¿Qué ocurre?
JOAQUIN. Un vaso con agua.
SABINA. (Gritando.) ¡Un vaso!
JOAQUIN. Y unas gotas de vinagre!
SINF. (Llegando.) ¿Qué es esto?
JOAQUIN. Nada; un desmayo.
SINF. ¡Mi sobrina!
JOAQUIN. Ah! usté es su tia?
SINF. (Interponiéndose entre Joaquin y Justa.)
Aparte usted.
JOAQUIN. No hay cuidado.
Voy á aflojarla el corsé.
SINF. ¡Caballero!
JOAQUIN. Es necesario.
Deme usted unas tijeras.
SINF. Apártese usted ó llamo
á mi marido.
JOAQUIN. Mejor
es llamar al cirujano.
JUSTA. (Reponiéndose.)
Tia...
SINF. Hija de mi alma.
JOAQUIN. (Contemplando extasiado á Justa.)
Qué sensible!
SABINA. Aquí está el vaso.
SINF. Dámele aquí.
(Sinforosa y Sabina acuden á Justa.)
JOAQUIN. Y qué bonita!
Ah! Voy á ilustrar mi álbum.
(Sacando un álbum de bolsillo.)
La ocasion es oportuna:
eso es, aquí en cuatro rasgos...

Frente serena... (Dibujando.)

SINF. ¿Qué sientes?

JOAQUIN. Ojos negros y rasgados...

JUSTA. Nada.

JOAQUIN. (Siempre dibujando.) Labios de carmin...

SINF. Pero...

JOAQUIN. Cútis de alabastro...

JUSTA. (Levantándose.) No es nada; me siento bien.

JOAQUIN. Boca, nariz...

SABINA. (Ocupando segundo término.) ¡Vaya un paso!

JOAQUIN. (Cerrando el álbum.)
Esto es.

SINF. Pero qué ha sido?

JUSTA. No sé... el calor... el cansancio...

JOAQUIN. Señorita, de este súbito
y ligero sobresalto
en el fondo de mi pecho
quedará un recuerdo grato.
Dígnese usted aceptar
la expresion...

SINF. Cumplidos vanos;
yo no sé quién es usted,
y aquí no necesitamos...

JOAQUIN. Soy artista... soy pintor.

SINF. Bonito empleo.

JOAQUIN. Me llamo...

SINF. No nos importa.

JOAQUIN. (¡Qué tia!)

SINF. (Conduciendo á Justa.)
Vamos adentro.

JOAQUIN. Es el caso
que esta señorita se halla
aún bastante débil...

SINF. (Tirando de Justa.) Vamos.

JOAQUIN. Perdone usté; usted no puede
conducirla en ese estado,
y si esta señorita
se digna aceptar mi brazo...

JUSTA. Gracias; sea usted más prudente
otra vez.

SINF. Ya es demasiado;
adentro, niña.

JOAQUIN. (Saludando cortesmente.) Señora...
estoy...
JUSTA. (Con marcada complacencia.)
Beso á usted la mano.

ESCENA X.

JOAQUIN, SABINA.

JOAQUIN. Encuentro más peregrino...
lance más extraordinario!...—
Dí, quién es esa señora?
SABINA. Es una vieja.
JOAQUIN. Está claro.
Y la otra .. la más jóven...
SABINA. Esa tiene ménos años.
JOAQUIN. Pero de quién es sobrina?
SABINA. De su tia.
JOAQUIN. Me hago cargo.
Y dónde vive?
SABINA. En su casa.
JOAQUIN. ¿Cómo se halla aquí?
SABINA. De paso.
JOAQUIN. Pero en fin, de dónde viene?
SABINA. No se lo he preguntado.
JOAQUIN. Ni sabes á dónde va?
SABINA. Ahora se va á su cuarto.
JOAQUIN. Mil gracias por los informes.
SABINA. Mande usté otra cosa.
JOAQUIN. (Con arranque.) ¡Largo!
Vete á la cocina.
SABINA. Bueno.—(Volviendo.)
Qué va usté á tomar?
JOAQUIN. (Despues de contemplarla un momento con dulzura.)
¡Canario!
Sabes que eres guapa moza?
SABINA. Es favor...
JOAQUIN. ¿Te vas?
SABINA. Me marcho;
voy á la cocina.
JOAQUIN. Espera;

deja ahora el fogon... qué diablo!
No te salte alguna chispa
á los ojos.

SABINA. No hay cuidado.

JOAQUIN. (Persiguiéndola.)
Sería un dolor; tú tienes
buenos ojos.

SABINA. (Evitándole.) No son malos.

JOAQUIN. Qué han de ser malos! Á ver?...
Son azules?... No... son garzos.

SABINA. ¿No tiene usted apetito?

JOAQUIN. Aún no me he desayunado.
Sabes que eres muy bonita?

SABINA. Entónces tome usted algo.

JOAQUIN. Que tome?... Y qué tienes tú
que darme?

SABINA. Hágase usted cargo;
de lo que hay en la casa
puede usted pedir, mi amo.

JOAQUIN. Conque ha de ser de lo que hay
en la casa?

SABINA. (Con chunga.) Ese es el caso.
Qué quiere usted que le sirva?

JOAQUIN. Una pechuga...

SABINA. (Soltando una carcajada.) De pavo?

JOAQUIN. Te ries de mi? (Yo sí
que estoy haciendo ahora el ganso.)
Déjame en paz.

SABINA. Pero...

JOAQUIN. ¡Vete!
Pues estoy yo bien templado:
cuando con el violento
traqueteo del caballo,
las impresiones artísticas
y el airecillo del campo,
tengo... así... me comería
ahora un cordero asado.
Y no puedo tomar nada:
mi tio me está esperando
para comer... tú no sabes
quién es mi tio? Está claro;
qué has de saber tú? Pues bien,

mi tio es un Heliogábalo;
y si no hiciese á su mesa
los honores necesarios,
capaz de desheredarme
y de maldecirme le hallo.
La posesion de mi tio
se halla contígua al palacio
de Riofrio... no es nada;
once kilómetros largos!
Y vuelva usté ahora á montar,
cuando estoy hecho pedazos.

SABINA. Y no sería mejor
que descansara usté un rato?
Si usté no come, á lo ménos
déle usté un pienso al caballo.

JOAQUIN. Es verdad; ¡pobre animal!
¿Qué culpa tiene él...

SABINA. Es claro.

JOAQUIN. Que le den un pienso.

SABINA. Bueno.

JOAQUIN. Anda; mientras yo descanso.

SABINA. Pero usted, por qué no viene
á comer con él?

JOAQUIN. ¡Canastos!

SABINA. Yo creo que usted tambien
debe tomar un bocado.

JOAQUIN. ¡Qué ingenuidad!

SABINA. Tengo truchas.
Se las traigo á usté? Volando.
Se las comerá usté aquí,
porque adentro no hay espacio.

JOAQUIN. Donde quieras. (Alejándose por el fondo.)
(Tropieza al salir con Martin, que entra precipitadamente con varias cajas y envoltorios.)
¡Animal!

MARTIN. Usted dispense.

JOAQUIN. ¡Qué bárbaro!

ESCENA XI.

SABINA, MARTIN.

MARTIN. ¿Quién es ese quidan?
SABINA. Un jóven muy guapo.
MARTIN. Me ha llamado bruto,
si yo no me engaño.
SABINA. Si entra usted como alma
que se lleva el diablo.
MARTIN. Es que entraba ciego;
¿qué tiene de extraño
si vengo molido
con tantos encargos?
Díme tú ahora dónde
coloco estos bártulos.
SABINA. Ahí sobre la silla...
MARTIN. Echa aquí una mano.
(Martin deja sobre una mesa las cajas ayudado por Sabina.)
Y la diligencia,
sabes si ha llegado?
SABINA. No tardará mucho;
la estoy esperando.
MARTIN. Pues si en ella viene
un jóven llamado
don Joaquin Hernandez,
dímelo en el acto.
SABINA. Será usted servido. (Se va por la izquierda.)
MARTIN. (Viéndole llegar por el fondo.)
Aquí viene el amo.

ESCENA XII.

MARTIN, D. CENON.

CENON. Martinico, gracias
á Dios que te hallo.
¿Qué has hecho de bueno?
¿Has visto al notario?
MARTIN. Le he visto.

CENON. ¿Le hablaste?
¿Le diste el recado?
MARTIN. Tiene mil asuntos,
le abruma el trabajo.
Yo ponderé toda
la urgencia del caso;
redoblé la carga,
y me dijo al cabo,
que haciendo un esfuerzo
llevará el contrato.
CENON. Bravo, Martin; eres
todo un buen muchacho.
Supongo que has hecho
los otros encargos?
MARTIN. Para la señora
son estos que traigo,
y han venido ahora
con el ordinario.
Aquí están los bucles,
las cintas y lazos;
polvos para el rostro,
finos, aromáticos,
en líquido, en pasta
y rojos y blancos.
CENON. Y en el otro asunto?
MARTIN. No adelanté un paso.
CENON. Pues ese es de todos
el más necesario.
Ya sabes que en este
momento me marcho,
y de hallar al hombre
quedas encargado.
Tienes buena vista
y mejor olfato:
mira, busca, indaga
arriba y abajo,
y hasta que le encuentres
corre sin descanso.
Si hallarle consigues
te aumento el salario,
y si vuelves solo
te doblo de un palo.

Ya el nombre te he dicho,
condicion y estado;
y si por el nombre
no es fácil hallarlo,
veinticinco veces
las señas te he dado.
Ni es viejo ni es jóven,
ni es feo ni es guapo,
ni es alto ni es chico,
ni es gordo ni es flaco,
ni adusto ni amable,
ni duro ni blando,
ni audaz ni encogido,
ni tonto ni sabio,
ni alegre ni triste,
ni enfermo ni sano,
ni avaro ni pródigo,
ni astuto ni franco,
ni poco ni mucho,
ni bueno ni malo;
con señas tan claras
no puedes cambiarlo.

MARTIN. Pero ántes...

CENON. (Alejándose.) No puedo. (Con rapidez.)

MARTIN. Quisiera...

CENON. (Mirando el reló.) Las cuatro.

MARTIN. Por vida...

CENON. Lo dicho.
Ya es tarde; me marcho.
(Sale corriendo.)

MARTIN. ¡Bendito sea el cielo,
qué bruto es mi amo!

ESCENA XIII.

MARTIN.

Y emprenda usté ahora de nuevo
las indagaciones... Vamos,
yo no me muevo de aquí
como no tome ántes algo.

¿Y mi chuleta?... ¡Muchacha!
(Óyese gran alboroto de voces en el fondo.)
Pero qué voces... qué escándalo!
Qué es esto?
(Á Sabina, que llega corriendo.)

ESCENA XIV.

MARTIN, SABINA.

SABINA. La diligencia
de Segovia, qne ha volcado:
viene llena.
MARTIN. Pues menudo
habrá sido el batacazo.
SABINA. Espantoso! Una costilla
el mayoral se ha quebrado. (Sale corriendo.)
MARTIN. (Llamándola.) Y la mia? ¡Mi chuleta!
(Dando vueltas por la escena y gritando.)
¡Mi costilla!!... ¡Voto al chápiro!
Eh!... Posadero!
MOZO. (Sale con mantel, cubierto y plato, que pone encima de la mesa.)
¿Quién llama?
MARTIN. Ya hace una hora que llamo.
MOZO. Aquí tiene usted la trucha. (Se va corriendo.)
MARTIN. Si yo no quiero pescado.
Yo he pedido una chuleta;
yo quiero carne!...

ESCENA XV.

MARTIN, JOAQUIN.

JOAQUIN. ¡Qué diablo!
Tengo más hambre que un lobo.
(Repara en Martin, que se ha sentado á comer.)
Pero calla! Un ciudadano
ocupando mi cubierto;
pues me hace gracia el descaro.—
Á ver, mocito!
MARTIN. ¿Qué ocurre?

JOAQUIN. Que me dejes libre el campo.
MARTIN. Es usté el que me llamó
animal?
JOAQUIN. Yo siempre llamo
á cada cual por su nombre.
MARTIN. ¡Caballero!
JOAQUIN. Dame el plato.
Esa trucha la he pedido
yo.
MARTIN. No digo lo contrario,
mas yo soy quien se la come.
(Joaquin le echa mano al cuello.)
Suelte usted, que me atraganto!
JOAQUIN. La has pedido tú?
MARTIN. No, pero
es lo mismo para el caso.
Yo he pedido una chuleta
y me han servido este barbo.
Es cuanto puedo decir.
JOAQUIN. Si te la comes te mato.
MARTIN. (Luchando y comiendo.)
Es que estoy en mi derecho.
SABINA. (Saliendo por la izquierda.)
¡Á la mesa!

ESCENA XVI.

JOAQUIN, MARTIN, SABINA.

JOAQUIN. ¡Qué he escuchado?
¡Muchacha!
SABINA. Señor.
JOAQUIN. ¿Quién va
á comer en ese cuarto?
SABINA. Los viajeros de Segovia.
JOAQUIN. Pues á la parte me llamo.
SABINA. No hay cubierto para usted.
JOAQUIN. ¿Por qué?
SABINA. Porque están contados
y anda escasa la comida,
y se pagó de antenano.
JOAQUIN. Entónces sírveme aparte.

SABINA. Imposible; no ha quedado
ni una migaja de pan.
Los viajeros que volcaron,
hasta que esté el coche listo,
se quedan aquí; al cabo
pasarán aquí la noche,
y si no tiée una que darlos,
traen hambre y son muy capaces
de comerse hasta los clavos.
JOAQUIN. Pues estoy fresco!
MARTIN. (Deteniendo á Sabina.) Muchacha,
te acordaste de mi encargo?
El de aquel jóven...
SABINA. Caramba,
sí señor; pero es el caso
que se me ha olvidado el nombre;
con este trajin que traigo...
MARTIN. Se llama Joaquin Hernandez.
JOAQUIN. ¿Cómo?
SABINA. Voy á preguntarlo. (Se va corriendo.)

ESCENA XVII.

JOAQUIN, MARTIN.

MARTIN. Fuerza es que vaya yo mismo.
JOAQUIN. (Deteniéndole.) Adónde vas?
MARTIN. Voy al patio,
en busca de un caballero
de Madrid.
JOAQUIN. No es necesario.
El caballero que buscas
soy yo mismo; yo me llamo
Joaquin Fernandez.
MARTIN. Usted?
JOAQUIN. Yo.
MARTIN. Pero ahora que reparo...
(Examinándole detenidamente.)
las señas son terminantes.
Usted no es pequeño... ni alto...
ni es usted jóven... ni viejo...

ni es usted guapo...

JOAQUIN. (Dirigiéndole un capirotazo que no le alcanza.)
¡Gaznápiro!
Que yo no soy... si otra vez
dices que yo no soy guapo...
Bah! Yo soy todo un buen mozo:
pero estoy un poco ajado.
Soy fino... soy elegante...
jóven, apuesto... bizarro,
y te voy á sacudir
como digas lo contrario.

MARTIN. No se enfade usted. Pues vaya;
si es usté el vivo retrato
de un sargento que yo tuve
cuando servía en Barbastro;
que por ser vivo de genio,
(Recalcando la frases.)
y por ser largo de manos,
una vez en un meson
de un tute le deslomaron.
Y usté no es mal mozo, pero
tambien aquel era un zángano!...

JOAQUIN. (Persiguiéndole.)
Te estás burlando de mí,
bribon? Me estás chuleando?

MARTIN. No tal. (Huyendo.)

JOAQUIN. Vamos al asunto.
Me buscas á mí?

MARTIN. Está claro.

JOAQUIN. De parte de quién me buscas?

MARTIN. Ya debe usté adivinarlo.
En cuanto á mí... yo no puedo
decir más; me han encargado
el mayor sigilo.

JOAQUIN. Pero...

MARTIN. Ya le están á usté esperando.
Tómese usted la molestia
de seguirme.

JOAQUIN. Adónde vamos?

MARTIN. Cerca.

(Joaquin se interrumpe de pronto empezando á dar vueltas por la escena y aspirando el aire.)

JOAQUIN. ¡Qué olor!... ¡Qué bien huele!
(Cruza un mozo llevando en las manos una gran cazuela besuguera.)
Qué veo?... Un cordero asado!
Adónde le llevas?
(El mozo desaparece por la izquierda.)
Oye!
Eh!... que me sirvan un cuarto!
MARTIN. Pero, señorito, ahora
se ocupa usted de ese plato
grosero?
JOAQUIN. Es que tengo hambre.
MARTIN. Y comerá usté ese rancho
cuando le espera una mesa
que ni la de un arcediano?
JOAQUIN. Á mí?... Qué misterio es este?
Explícate sin preámbulos;
y piensa bien que si tienes
el intento temerario
de embromarme...
(Cruza otro mozo con una gran fuente en la mano.)
(Oliendo.) Hola!... Perdices
estofadas; mi bocado
favorito.
MARTIN. Vamos pronto.
JOAQUIN. Mas quién te envía?—Ah, ya caigo!
Es mi tio.
MARTIN. La señora
es quien me ha dado el encargo...
JOAQUIN. Una mujer... una cita
misteriosa.—Vamos claros:
estás tú bien persuadido
de que soy yo el invitado?
MARTIN. Usté es don Joaquin Hernandez?
JOAQUIN. Sin duda.
MARTIN. Pues no me engaño.
Pero ahora me acuerdo... torpe!
si aquí en el bolsillo traigo
una carta...
JOAQUIN. Para mí?
Viene á mi nombre; leamos.
Y esta es letra de mujer;

no hay duda, estos garabatos...
—«Señor Hernandez: suplico
»á usted que siga en el acto
»á la persona que lleva
»esta carta; es mi criado.
»Discrecion y actividad,
»que es urgentísimo el caso.»
Pues tiene interés el lance;
voy pues...—¿Pero cómo falto
yo á mi tio? Inventaré
cualquier excusa.—Partamos.

MARTIN. Espere usted un momento:
sólo el tiempo necesario
para disponer... (Ahora
corro á avisar á mi amo.)

ESCENA XVIII.

JOAQUIN.

Más de un lance inesperado
esta expedicion me augura;
pues apenas ha empezado
cuando me veo empeñado
en una amante aventura.
Lánzome en ella sin miedo:
pero y si el diablo lo enreda
y prendido en ella quedo?
Suceda lo que suceda,
ya retroceder no puedo.
Ni hay para dudar motivo,
ni renuncio al atractivo
de contar á mi regreso
en el café... porque eso
tiene aún mayor incentivo.
Mas... ah! qué rayo de luz!
Si soy lo más avestruz!...
Pero ya he dado en el quid;
cargarme quieren la cruz
mis amigos de Madrid.
Por el tuno Pepe Anglada
y por Pablito Amorós

la broma está preparada;
en la Granja están: los dos
han venido á la jornada.
Sin duda me han conocido
cuando há poco llegué aquí,
y del caballo caí,
y este medio han discurrido
para burlarse de mí.
Conducirme intentarán
con estrépito silvestre
á algun rústico desvan,
en el que me ofrecerán
una comida campestre:
arroz en sarten... qué asco!
una fuente de judías
sazonadas con un frasco
de peleon... no en mis dias;
lo que es hoy se llevan chasco.
Ántes que en esta ocasion
tan grosera humillacion
sufra el estómago mio,
prefiero una indigestion
en la mesa de mi tio.

ESCENA XIX.

JOAQUIN, D. CENON, SABINA.

Ruido y algazara de voces dentro.

Afuera!

CENON. (Dentro.) Pero señores!...
¡Fuera de aquí!

CENON. (Saliendo por la izquierda.) Afuera aguardo,
y al primero que se atreva...

SABINA. (Saliendo detrás.)
Váyase usted.

CENON. ¡Voto al chápiro!

JOAQUIN. ¿Qué sucede?

SABINA. Este señor
que corre de uno á otro lado
molestando á todo el mundo

con sus preguntas...

CENON. Es claro;
el que pregunta no yerra.

SABINA. Pero es usted del resguardo?...
de la policía?...

CENON. (Reparando en Joaquin y llegando á él directamente.)
¡Calla!
Señor... yo celebro tanto
esta ocasion... caballero...
Usted... beso á usted la mano.
Perdone usté... usté venía
en el coche que ha volcado?

JOAQUIN. No señor.

CENON. Tampoco es este.
Nada; me fatigo en vano.
(D. Cenon se quita el sombrero y se enjuga el sudor.)
Uf! Que calor!

JOAQUIN. (Quién será
este ente estrafalario?)

CENON. Ahogado estoy; ya se ve,
si corre uno como un gamo.
(Se aleja y vuelve.)
(Á Sabina.) Se han marchado las señoras?

SABINA. Sí señor, ya van andando.

CENON. Pues ya no hay más sino dar
la vuelta á Segovia —Vamos. (Volviendo.)
Dispense usted, caballero...
Si algo ocurre... yo me llamo
Cenon Ruiz; vivo en Segovia.
El caso es que estoy sudando!...
(Calándose el sombrero hasta los ojos.)
¡Qué demonio! Hace un calor
sofocante en el verano.
Estoy á la órden de usted.
(Dando de proato media vuelta y saliendo precipitadamente por el fondo.)

SABINA. Vaya usté con dos mil diablos.
(Á D. Joaquin.) Se queda usté aqui? Lo digo
para prevenirle el cuarto.

JOAQUIN. Me voy; ya puedes decir

que me pongan el caballo.
(Sabina se va por la izquierda á tiempo que llega Martin por el mismo sitio.)

ESCENA XX.

JOAQUIN, MARTIN.

MARTIN. (Ya ha partido mi señor.)
Cuando usted guste.
JOAQUIN. (Acometiéndole.) Ah, tunante!
MARTIN. (Huyendo.) Hágame usted el favor
de no pasar adelante.
JOAQUIN. ¿Huyes?... No tengas cuidado;
ven acá, no temas nada:
si ya sé que eres criado
del señor don José Anglada.
MARTIN. Yo?... No tal.
JOAQUIN. Necia porfía;
Si estamos solos los dos,
si ya sé yo que te envía
mi amigo Pablo Amorós.
MARTIN. Amorós?...
JOAQUIN. Hazte de nuevas;
si todo lo descubrí;
me negarás que me llevas
á la Granja desde aquí?
MARTIN. Á la Granja? No señor,
quién dijo tal desatino?
Va usted á sitio mejor,
aunque hay que andar más camino.
JOAQUIN. Pues dónde vamos?
MARTIN. No sé...
Pues no se ha hecho usté ya cargo...
Vamos á Segovia.
JOAQUIN. Qué?
Demonio, eso está muy largo.
Yo estoy rendido; además,
tengo un hambre que no veo.
MARTIN. Allí comerá usted más
que le pida á usté el deseo.
Llegamos ántes de una hora.

JOAQUIN. Conque me llevas...
MARTIN. Sí tal;
á casa de la señora
condesa de Pino-real.
Una gran señora, á quien
sin duda usté interesó;
que le tratará á usted bien
y se lo digo á usted yo;
que enamora á cuantos trata,
y por sus bondades brilla;
en ella, en fin, se retrata
la grandeza de Castilla.
Lejos del mundo falaz,
á honestos goces se entrega
en la inalterable paz
de su casa solariega.
Tiene de rumbosa fama,
no es melindrosa ni esquiva;
en la ciudad se la llama
la dama caritativa.
Compiten con su nobleza
su bondad y discrecion;
pero hablando con franqueza
tiene ménos *din* que *don*;
y aunque hoy tal vez pobre queda
por cierto imprevisto azar,
no tan pobre que no pueda
su título sustentar.
Y como en esta ocasion
le tratará á usted muy bien,
tengo la satisfaccion
de darle mi parabien.
JOAQUIN. (La aventura me conviene
y en ella me lanzo al trote.
¿Qué dudo?... Este chico tiene
un aire tan sencillote...)
Resuelto estoy; guía pues.
Tardaremos en llegar?
MARTIN. Qué! Aún no han dado las tres;
á las cuatro á más tardar...
JOAQUIN. Bueno; con tal que se coma
en llegando...

MARTIN. Por supuesto.
Y qué mesa!
JOAQUIN. Buena?
MARTIN. Toma!
Si hoy hemos echado el resto.
Rosbeefl á la parisienne,
mayonesa de salmon,
lengua de vaca al grattin
y pollos al estragon.
Como plato principal
figura un rico salmí
de chochas, y por final
plum-pudim y chantilly.
JOAQUIN. De tan soberbio menú
ya el olorcillo me hirió;
qué bien lo relatas tú,
y qué hambre tengo yo!
Anda.
MARTIN. Cogeré estos trastos.
JOAQUIN. Va ahí algo para hacer boca?
MARTIN. Qué! Son mejunges y emplastos
cuyo peso me sofoca.
Miel de Inglaterra, pomada,
vinagre, aceite de olor...
JOAQUIN. Vinagre?... Hay ensalada?
MARTIN. Son chismes de tocador.
JOAQUIN. No perdamos un momento;
echa á andar: aprieta el paso,
que desfallecer me siento,
y de impaciencia me abraso.
Te ofrezco una recompensa
que no habrá más que pedir;
pero si me engañas, piensa
que á mi mano has de morir.
MARTIN. Ya verá usted qué primores!
qué gran banquete, mi amo!
JOAQUIN. Santo Dios de los amores!
Anda, que ya me relamo.

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Habitacion de verano á planta baja.—Puerta en el fondo y dos laterales. Ventana á la izquierda. Ricos cortinajes blancos y muebles adecuados. Las maderas de la ventana se hallan cerradas y la escena completamento oscura y sola.

ESCENA PRIMERA.

JOAQUIN, MARTIN.

MARTIN. (Entrando á tientas por la puerta del foro seguido de Joaquin.)
Por aquí; ya no hay cuidado.
Sígame usted.
JOAQUIN. (Viene cargado de líos y cajas.) Pero chico...
MARTIN. Ya hemos llegado á la sala;
¿lo ve usted?
JOAQUIN. Ya veo... digo,
veo que no veo nada.
(Tropieza en un mueble.)
Ya me he deshecho un tobillo.
MARTIN. Vaya usted con más cuidado.
JOAQUIN. Pero adónde me has traido?
MARTIN. No lo está usted viendo? Esta
es la sala de recibo.
JOAQUIN. Mas por qué está á oscuras?... Hombre,

abre siquiera un postigo.

MARTIN. Así se conservan frescas
las habitaciones... Chito!

JOAQUIN. (Pugnando por soltar la carga.)
Pero es que yo...

MARTIN. (Bajando la voz.) La señora
me encargó el mayor sigilo.

JOAQUIN. (De igual modo.)
Ah! La señora!... Es verdad;
anda, dile que he venido.

MARTIN. Voy á explorar el terreno;
espere usté en este sitio.

JOAQUIN. Que espere aún más?... Pero dime!
hasta cuándo haces tú juicio
de que permanezca yo
cargado como un borrico?

MARTIN. Espere usted.

JOAQUIN. (Arrojándolo todo de pronto.) Ea! vayan
al diablo estos adminículos.

MARTIN. ¿Qué ha hecho usted, hombre de Dios?

JOAQUIN. Abre esa ventana... listo.
(Martin abre la ventana. La escena se inunda de luz.)
Esto es otra cosa; ya
puedo moverme... ya giro
con libertad.

MARTIN. (Recogiendo las cajas.) Anda, anda!
Si todo lo ha hecho usté añicos.

JOAQUIN. Tú tienes la culpa.

MARTIN. Yo...
porque hiciera usté ejercicio.

JOAQUIN. Sí, eh?

MARTIN. El ejercicio es bueno
para abrir el apetito.

JOAQUIN. No; si á mí no me hace falta...
Apropósito: no has dicho
que me espera tu señora
para comer?

MARTIN. Cabalito.
Pero es aún muy temprano;
son poco más de las cinco,
y hoy se comerá muy tarde.

JOAQUIN. Muy tarde?
MARTIN. Á las ocho y pico.
JOAQUIN. (Dirigiéndole una puntera.)
Quítate de mi presencia.
MARTIN. Al momento, señorito.
JOAQUIN. Quiero ver á tu señora:
corre á dar pronto el aviso.
MARTIN. No hace falta; el jardinero
que por el caballo vino,
habrá anunciado en seguida
nuestra llegada de fijo.
Mas la señora querrá
dar á usté el tiempo preciso
para que se limpie un poco...
JOAQUIN. Es verdad; dame un cepillo.
MARTIN. Eso no es bastante. Y luégo...
como el traje es tan bonito!...
JOAQUIN. No me está bien?
MARTIN. ¿Qué ha de estar?
Si parece usté un doctrino.
JOAQUIN. (Contemplándose de arriba abajo.)
¿Crees tú?...
MARTIN. Pero usted tiene
el mismo cuerpo... y el mismo...
Vaya usté á mudarse pronto.
Hallará usted los vestidos
convenientes en el cuarto
del señor don Celestino.
JOAQUIN. ¿Qué don Celestino es ese?
MARTIN. Pues, toma!... es el señorito;
el sobrino de los amos;
su amigo de usted.
JOAQUIN. Mi amigo?
MARTIN. Voy delante á preparar
los necesarios avíos.

ESCENA II.

JOAQUIN.

Celestino?... no, ese nombre
no me suena en el oido;

por más que recorro mis
conocimientos antiguos...—
¡Bah! Quién piensa en ello?... Yo
traigo aquí objeto distinto.
Pensaré en el dulce instante
que me espera en este sitio.
La dueña de este vergel,
de este alegre paraiso,
de esta morada de amor,
que debe ser un prodigio
de hermosura, sólo aguarda
á que me vista de limpio,
para brindarme en su mesa
los más suculentos vinos:
y luégo... oh, dicha! Los dos
mano... á mano aquí solitos...
¿Pero qué es esto que siento?
¡Caramba! Qué olor tan rico!
Yo conozco este perfume...
(Corriendo la escena.)
Aquí huele á pastelillos.
(Asomado á la ventana.)
Allí veo la cocina:
en ella habrá asados, fritos...
Es todo una gran señora;
y si corresponde al brillo
de su casa la expresion
de sus ojos peregrinos...
ya me daré por contento
si reune los atractivos
de aquella tímida jóven,
á quien tanto afectó el brinco
de mi caballo.

ESCENA III.

JOAQUIN, MARTIN.

MARTIN. Entre usted;
ya está todo prevenido.
JOAQUIN. Bien está; dí á la señora
que en un instante estoy listo,

y correré... volaré
á ofrecerme á su servicio:
mas que no gaste etiquetas
ni ceremonias conmigo;
dí que se siente á la mesa. (Se aleja.)

MARTIN. ¿Á la mesa?... Jamás!

JOAQUIN. (Volviéndose de pronto contra Martin.)
¡Pillo!
Mira que aún te voy á dar...

MARTIN. Gracias; me está prohibido
tomar nada.

JOAQUIN. Yo te juro
que aún vas á soñar conmigo.

ESCENA IV.

MARTIN, DOÑA SINFOROSA.

MARTIN. (Desde la puerta derecha, por la que entra Joaquin, dando un gran tropezon apenas entra.)
Á la derecha...—Eh! Cuidado
con romperse los hocicos.—
Ah! La señora.

SINF. (Llegando ahora por el fondo.) Martin,
qué me ha anunciado Benito?
¿Viste al hombre que esperábamos?
Diste con él? Le has traido?

MARTIN. ¡No que no! Para que á mí
se me escapára el mocito.
Al instante dí con él;
pues apenas soy yo listo!

SINF. Gracias á Dios! Y qué tal?
Á tí qué te ha parecido?
Es elegante? Es buen mozo?

MARTIN. Es así... regularito.

SINF. Debe ser, por mis informes,
muy dadivoso... muy fino.

MARTIN. Dadivoso?...

SINF. No te habrá
ido mal por el camino.

MARTIN. ¡Ya lo creo! Pues no es largo
de manos el indivíduo.

SINF. Todo se encuentra ya á punto...
sólo faltan los testigos.
Si alguno te vió llegar
con él...

MARTIN. Nadie nos ha visto.

SINF. Gracias á Dios llega á tiempo.
¿Pero él se muestra propicio...
Viene bien dispuesto...

MARTIN. ¡Vaya!
Pues trae menudo apetito.

SINF. Y en dónde está?

MARTIN. Está vistiéndose:
le llamaré si es preciso.

SINF. Déjale, no le incomodes.—
Viste al notario?

MARTIN. Sí he visto;
estaba muy ocupado;
tenía que extender cinco
contratos matrimoniales,
diez testamentos, y dijo
que no podría venir
hasta mañana.

SINF. ¡Dios mio!
Mañana no será tiempo.

MARTIN. Sí, yo le dije eso mismo;
y al fin dijo que vendría,
pero que esté todo listo,
porque ántes de la noche
tiene que volverse al sitio.

SINF. Bueno. Y los otros encargos?

MARTIN. Aquí están los vinagrillos.

SINF. ¿Han llegado bien?

MARTIN. Al pelo.
(No quedó un cacharro vivo.)

SINF. Llévalos adentro y corre
á llamar á mi marido.
(Martin se aleja llevándose las cajas.)
Ah! Que abran la puerta grande,
y que rieguen los pasillos,
y que avien los faroles.

MARTIN. Aquí está ya el consabido.
(Martin se va por el fondo.—Aparece Joaquin por

la derecha con una copa de cristal llena de agua, en la que moja terrones de azúcar.)

ESCENA V.

SINFOROSA, JOAQUIN.

JOAQUIN. Pues señor, gracias al cielo,
el jóven don Celestino
es un muchacho muy fino
que se halla vestido al pelo.
Tiene trajes de primera
que ni hechos á mi medida:
sí; pero en cuanto á comida
ni un panecillo siquiera.
Gracias á que algo aplaqué
el hambre, con los terrones
de azúcar, que en los faldones
de esta levita encontré. (Muerde un terron.)

SINF. (Examinando á Joaquin desde el fondo.)
Buena presencia... me agrada.—
¡Calla!

JOAQUIN. (Sacando otro terron del bolsillo.)
Vamos con el sexto.

SINF. Si es aquel jóven apuesto
que hallamos en la posada.—
Caballero...

JOAQUIN. (Con el vaso en la boca.) Ah!... oh!... Señora...
(Atragantándose.)
Perdone usted... (Me atosigo.)

SINF. Refrescaba usted?

JOAQUIN. No... digo...
(Y qué le digo yo ahora?)
Me sofocaba el calor
y por tomar agua... fresca...
(Calla! Es la vieja grotesca
que encontré en el parador.)

SINF. Oh, qué agradable sorpresa!
No sabe usted la alegría
que siento...

JOAQUIN. Señora mia,
á mí tambien ya me pesa...—

digo: pésame tambien
que los motivos... y las...
(Dios mio! Si tiene más
años que Matusalen!)

SINF. Bien decía mi sobrino,
que era usté un hombre de aplomo,
todo un caballero; y cómo
le quiere á usted Celestino!

JOAQUIN. Sí? (Qué Celestino es este
que tanto mi bien procura?
¡Ya caigo! Debe ser cura;
tiene nombre de arcipreste.)

SINF. Grandes los motivos son
en caso tan singular
que me han obligado á dar
este giro á la cuestion.
(Misteriosa expresion.)
Todo está listo y el acto
celebraremos aquí:
yo... la verdad, no creí
que fuera usted tan exacto.
Que, en fin, el tiempo pasaba,
y como presa en la red
estaba... ya puede usted
figurarse cómo estaba!
Sentía aquí... una opresion...
y un... ¿qué había de hacer
una tímida mujer
en tan falsa posicion?
Mas ya gozosa palpito:
volvió á mi tez el carmin;
que ha venido usted por fin
á llenar el requisito.

JOAQUIN. (Contemplando de hito en hito á Doña Sinforosa.)
¿Qué he de llenar yo, señora?

SINF. Anduvo usted oportuno
en llegar aquí; ninguno
sospechó nada hasta ahora.

JOAQUIN. Pero es que yo... yo he venido...

SINF. En secreto, ya lo sé:
Martin me lo ha dicho.

JOAQUIN. (En qué

berengenal me he metido?)

SINF. Temí tambien, á fe mia,
que mi sobrino adorado
de usté hubiera exagerado
la bondad y gallardía,
llevado por su excesivo
interés y buen deseo...
pero ya que excede veo
á lo pintado lo vivo.
Tiene usté un rostro...

JOAQUIN. Señora!...

SINF. Y el rostro es del alma espejo;
por lo demas, sin ser viejo,
—que es lo que más me enamora,—
no es usted ningun chiquillo.
Usté habrá corrido ya
mucho mundo, usted tendrá
por fuerza cada colmillo...

JOAQUIN. Pss!... (Para lo que uso de ellos!...
Ya es preciso ser cortés.)
Pues y usté, señora?... Usté es...
conserva usté aún los destellos...
y un... aire tan... distinguido,
y tan... tan buen corazon...
dígalo la invitacion
con que me ha favorecido.
Debe usté hacer los honores
de la mesa con un tacto...

SINF. Por Dios...

JOAQUIN. Y no me retracto:
posee usted los mejores
modales... mucho que sí!

SINF. Por Dios, no se trata ahora
de comer.

JOAQUIN. No?... Pues ya es hora.
Yo no lo digo por mí;
que lo que es yo... yo resisto...
(Dios nos la depare buena;
hasta la hora de la cena...)

MARTIN. (Anunciando desde el fondo.)
Don Cenon.

JOAQUIN. (Con un movimiento nervioso.) ¡Válgame Cristo!

ESCENA VI.

SINFOROSA, D. CENON, JOAQUIN.

CENON. (En voz baja á Sinforosa.)
(Preséntame.)
SINF. Caballero...
presento á usté á mi marido.
CENON. Tengo el honor... Pero calla!
Conque era usted?... Es el mismo.
SINF. Se conocían ustedes?
CENON. No hace una hora que nos vimos.
Estoy á la órden de usted.
(Presentando la mano.)
JOAQUIN. Gracias.
CENON. (Estrechando la de Joaquin.) Celebro infinito...
JOAQUIN. Tambien yo...
CENON. En todo y por todo
puede usted contar conmigo.
JOAQUIN. Caballero...
CENON. Soy de usted...
JOAQUIN. Yo me ofrezco...
CENÓN. Y yo me brindo...
JOAQUIN. (Con brusco desentono.)
Basta ya de empalagosos
cumplimientos.
CENON. (Á Sinforosa.) (Es muy fino.)
Mi querido don Joaquin...
JOAQUIN. Otra vez!...
CENON. Vengo ahora mismo
de ocuparme del asunto.
SINF. Has encontrado al padrino?
CENON. ¡No que no!
SINF. ¿Y has visto al cura?
JOAQUIN. Un cura?... Yo no concibo...
Pero qué?... Necesitamos
tambien un cura?
CENON. Preciso;
mas no tardará en venir;
tranquilícese usté, amigo.
SINF. Modere usted su impaciencia.

JOAQUIN. No, si yo estoy muy tranquilo.
CENON. Ya ha visto usté?... (Con reserva.)
JOAQUIN. Á quién?... Al cura?
CENON. No; pregunto si usté ha visto...
SINF. (Cogiendo á Cenon de un brazo y llevándole al otro extremo de la escena.)
(¡Charlatan?... Se está vistiendo,
y es ahora intempestivo...
CENON. Aprendió bien la leccion?
SINF. Ya se la sabe al dedillo.
CENON. Fuerza es que todos entiendan
que el proyecto era ya antiguo,
y concertado en Madrid...)
JOAQUIN. (¿Qué se hablarán al oido?)
SINF. (Nada temas; de esta vez
se logran nuestros designios.)
(Viniendo al centro de la escena.)
Yo hago falta en el salon:
voy allá. (Á Joaquin.) Con el permiso...
Sobrino amado... hasta luégo.
JOAQUIN. ¿Qué dice? ¿Yo su sobrino?
(Sinforosa se va por el foro, cerrando la puerta, que no se vuelve á abrir hasta el fin del acto.)

ESCENA VII.

D. CENON, JOAQUIN.

CENON. ¡Hijo del alma!
(D. Cenon va de un lado á otro dando señales de impaciencia.)
JOAQUIN. (Anda, anda!
Éste me llama su hijo.
Habré oido bien?... Como no
me haya trastornado el juicio
el medio vaso de agua
con azúcar que he bebido!)
CENON. (Yendo y viniendo.)
Ya se aproxima la hora,
ya llegó el momento crítico.—
Oigo pasos allá fuera:

me parece que han venido
los convidados.

JOAQUIN. Los?... (Ah!
Convidados... ya adivino.)
Pues mire usted, la verdad:
yo estoy ya desfallecido.

CENON. ¡No por Dios! No vaya usted
á vacilar lo más mínimo.
Buen disparate sería;
tener ya casi cogido
el bocado entre los dientes...
(Joaquin, siguiendo los movimientos do D. Cenon involuntariamente exclama con él: «¡Ham!»
¡Ham! y no darle un mordisco.
Nada, en esta parte, ya
conoce usted mis principios:
ántes que dejar la presa
hay que reventar de ahito.

JOAQUIN. ¡Bah! Y en casos como éste
piensa usted que yo me achico?
No sabe usted todavía
con quién trata, señor mio.
Pues si tengo yo un estómago!...

CENON. Ya lo dice Celestino.

JOAQUIN. (¡Dale! Si será ese el nombre
del cocinero del Suizo?)

CENON. Siga usted sus instrucciones,
y caigan en el garlito
los estúpidos parientes
de mi prima Patrocinio.

JOAQUIN. ¿Quién ha dicho usted?

CENON. Mi prima:
la tía de Justa; digo,
de su futura de usted.

JOAQUIN. De mí?... (Vaya un laberinto.)

CENON. Justita es encantadora,
no es verdad? Tiene un palmito!...

JOAQUIN. (Se trata de un casamiento...
eso ya no lo resisto.)
—Oiga usted.

CENON. Ni una palabra.
Ya vienen.

(D. Cenon acude á los convidados, que llegan por una de las puertas laterales.)

JOAQUIN. (Aquí de fijo
hay otro Joaquin Hernandez
y le equivocan conmigo.
Es necesario aclarar
al punto este logogrifo.)
(Llamando aparte á D. Cenon.)
Escuche usted.

CENON. (Al acompañamiento.) Caballeros,
presento á ustedes...

JOAQUIN. (¡Maldito!)

ESCENA VIII.

JOAQUIN, CENON, JUSTA, SINFOROSA, ACOMPAÑAMIENTO.

SINF. Vamos, niña.

JUSTA. Pero tia...

SINF. Ven; no me pudras la sangre.
Qué te turba?

JUSTA. Es natural
que me turbe en este instante:
yo no conozco á ese hombre.

JOAQUIN. (Tirando á D. Cenon de la levita.)
Pero quiere usté escucharme?

CENON. (Presentándole á la fuerza.)
Saluda, hombre.

JOAQUIN. (Me tutea!
Pues esto sí que es lo grande.)

CENON. Saluda á tu esposa.

JOAQUIN. Yo...
Señorita...

CENON. No te pares.

JUSTA. (Era él!)

JOAQUIN. (Pues era ella.)

CENON. (Observándolos.) Prendió la chispa; adelante.

JUSTA. (Mirando á hurtadillas á Joaquin.)
(Pues me parece muy bien.)

JOAQUIN. (De igual modo.)
(La encuentro muy aceptable.)
El hallar á usted de nuevo

me causa un placer tan grande...

JUSTA Muchas gracias: tambien yo
me felicito de hallarle.

CENON. (Entre todos, restregándose las manos.)
¡Magnífico!

JOAQUIN. Y mi sorpresa
es tanto más agrable...

CENON. (Interrumpiéndole y sin perder de vista á los convidados, de que se haya rodeado.)
Cuanto que la halla tan bella,
tan crecida.

JOAQUIN. Eh?... Desde hace
una hora...

CENON. (Al acompañamiento.) Desde el año
pasado no han vuelto á hablarse.

JOAQUIN. Se halla usted restablecida
de aquel imprevisto lance...

JUSTA. Que hubiera podido ser
funesto á otro ménos hábil.

CENON. (Al acompañamiento.)
Ellos allá se comprenden;
estas son cosas de amantes.

JOAQUIN. (Pues señor, ya no vacilo;
esta muchacha es un ángel
y esta una familia honrada;
fuerza es que los desengañe.)

MARTIN. (Apareciendo por la derecha, á Doña Sinforosa.)
Cuando usted guste, está todo
dispuesto.

JOAQUIN. (Esto es ya más grave;
nos anuncian la comida:
ya no hablaré hasta más tarde.)

CENON. Vamos al jardin; allí
bajo su espeso ramaje,
allí se firmarán los
contratos matrimoniales.

JOAQUIN. (¡No se come todavía!
Ya es preciso que yo hable.)
(Salen todos por la derecha. Joaquin detiene á D. Cenon.)

ESCENA IX.

JOAQUIN, D. CENON, MARTIN.

JOAQUIN. Caballero, una palabra.
CENON. Ya sé de qué vas á hablarme:
deseas darme las gracias
por tu afortunado enlace.
JOAQUIN. No es eso.
MARTIN. (Á D. Cenon.) Va usté á tomar
la copa de ajenjos ántes?
Se la llevo á usté al jardin?
CENON. Hombre, sí; á ver si me abre
el apetito.
MARTIN. (Intencionalmente á Joaquin.) Si usted
quiere otra copa...
JOAQUIN. (No hallando otra cosa á mano, tira á Martin la caja de rapé que ha sacado D. Cenon)
¡Tunante!
(Martin sale escapado.)

ESCENA X.

JOAQUIN, D. CENON.

CENON. ¿Qué hace usted?
JOAQUIN. Usted perdone;
ha sido un ligero arranque.
¡Á mí ajenjos!... Ofrecerme
ajenjos á mí!...
CENON. (Recogiendo la caja del suelo.) Qué diantre!
JOAQUIN. Como si mi posicion
no fuera aún lo bastante
amarga...
CENON. Cálmate, hombre;
ese Martin es un cafre!
no comprende que á tí no
te hacen falta estimulantes.
Conque en fin, te ha enamorado
mi sobrina?
JOAQUIN. Es adorable;

y por hacerla dichosa
diera mi vida, mi sangre.

CENON. Y lo será. Cuando pienso
que si tardas un instante
se hubiera visto arruinada,
reducida al miserable
estado...

JOAQUIN. ¡Qué dice usted?

CENON. Y sin proteccion de nadie,
porque nosotros tambien
nos hemos quedado *in albis.*
Y á no ser por esa herencia...

JOAQUIN. Explíquese usted.

CENON. Ya sabes
que hoy hace un año y un dia
que mi prima, en paz descanse,
murió en Medina-Sidonia
de un cólico de tomates,
al mes ántes de cumplir
ochenta y tres navidades.

JOAQUIN. Muerte prematura.

CENON. Como
que no la esperaba nadie.
Pues esta santa mujer,
que murió vírgen y mártir,
dejó un capital que asciende
á más de un millon de reales,
mandando que el testamento
guardado se conservase,
para ser abierto al año
y un dia de la catástrofe.
Hoy se cumple el plazo, y hoy
ya es nuestra la herencia, sabes?
Porque una antigua doncella,
que sirvió á Justa de madre
y despues sirvió á mi prima
hasta su postrer instante,
nos dijo hace un mes, que de esa
fortuna considerable
Justa es la única heredera,
si hoy, que el testamento se abre
se halla casada; y si no

deben entrar á la parte
todos los demas parientes,
que son esos ganapanes.
La noticia nos dejó
absortos, inconsolables.
Dónde encontrar un marido
digno de ella? Esto era grave.
Por fortuna, Celestino
su hermano, á quien importantes
ocupaciones detienen
en Madrid, vino á salvarme
dándome el único medio
que todo lo conciliase;
y entónces me habló de ti,
de tus bellas cualidades,
de tu inclinacion á Justa...
ya conoces lo restante:
para llenar lo dispuesto,
es preciso, indispensable,
que entiendan todos que estaba
ya pactado vuestro enlace.
De otra suerte, mi sobrina,
todos, nos moriremos de hambre.

JOAQUIN. Por Dios, no pronuncie usted
esa palabra execrable.—
(D. Cenon se aproxima á observar por las puertas laterales.)
(Y qué hago yo ahora? ¿Qué digo?
Me marcho... y cuando me marche
arruino á esa pobre chica:
ah, no! Eso sería infame.)

ESCENA XI.

JOAQUIN, D. CENON, MARTIN, despues D. REMIGIO.

MARTIN. (Llegando por la derecha.)
Don Remigio Casamata!

CENON. Es el notario; que paso.
Á tiempo llega.

JOAQUIN. (Por vida!...
Que haya hecho yo el disparate

de seguir á este truhan...)
(Martin pone sobre un velador servicio completo para una persona.)
Adónde vas tú?... Qué haces?
Es para mí ese cubierto?

MARTIN. No señor.

REMIGIO. (Llegando ahora por la derecha acompañado de D. Cenon.)
Sírveme á escape.

CENON. Pero no se queda usted
con nosotros esta tarde?

REMIGIO. Lo siento infinito, pero
me es imposible quedarme.
Me esperan dos moribundos
para que extienda y redacte
su postrera voluntad,
y ya he dicho que retarden
un poco su última hora
por cumplir con usted ántes.

CENON. Muchas gracias.

REMIGIO. (Dejando sobre el velador el contrato.)
Bien ve usted
que vengo sudando á mares:
con la prisa no he comido.
(Deteniendo á D. Cenon.)
No vaya usted; es en balde.
Como doña Sinforosa
es conmigo tan amable,
ya dispuso...
(Á Martin, que llega con un tintero que deja sobre el velador.)
Anda, muchacho;
trae lo que sea más fácil;
un pastel, una perdiz
ó cualquier cosa fiambre.—
(Saludando á Joaquin.)
El señor es el mortal
venturoso... qué me place!
Dispense usted si por dar
al cuerpo un poco de lastre,
voy comiendo al mismo tiempo
que fijamos los detalles...

CENON. Dejo á ustedes para que
con toda libertad hablen,
y establezcan á su gusto
las cláusulas del enlace.

ESCENA XII.

JOAQUIN, D. REMIGIO, MARTIN.

(Martin pone en la mesa un pastel y un pollo asado.)

REMIGIO. Pon silla á este caballero.

JOAQUIN. (Acercándose con prontitud.)
Oh, gracias.
(Martin coloca la silla en el centro de la escena.)

REMIGIO. No tan distante.
Acérquese usté á la mesa.

JOAQUIN. (Acomodándose en la silla como disponiéndose á comer.)
Sería usted tan amable...

MARTIN. Pero va á comer tambien
este caballero?

JOAQUIN. (Con mirada amenazadora.) Lárgate.

REMIGIO. No, pero va á hablar conmigo.

MARTIN. (Saliendo muy despacio, como provocando el despecho de Joaquin.)
Ya decía yo!...

JOAQUIN. (Conteniéndose.) (¡Tunante!)

ESCENA XIII.

JOAQUIN, REMIGIO.

JOAQUIN. Hermoso pastel.

REMIGIO. (Metiéndole el cuchillo.) De liebre.

JOAQUIN. Perdone usted; no es de carne.
Permítame usted. (Alargando la mano.)

REMIGIO. (Evitándole.) ¿Qué importa?

JOAQUIN. (Insistiendo y cogiendo el cuchillo.)
¿Cómo que no es importante?
Y la manteca no es fresca.

REMIGIO. (Olfateando.) Vaya si es.

JOAQUIN. Ni es de Flandes;
aquí la hacen imitada.
(Intentando de nuevo coger el pastel.)
REMIGIO. Ruego á usted que no se canse.
JOAQUIN. Esta es gallega... á ver?
REMIGIO. Bueno.
De Galicia ó de otra parte;
¿qué más da?
JOAQUIN. No da lo mismo.
Sabe bien?
REMIGIO. (Con la boca llena.) ¡Vaya si sabe!
Conque decíamos...
JOAQUIN. (¡Bárbaro!)
REMIGIO. Venga el cuchillo. (Quitándosele de pronto.)
JOAQUIN. (Salvaje!)
(Pone un brazo sobre la mesa, apoyando en él la cabeza y volviéndola un poco como apartando la vista del pastel.)
REMIGIO. (Siempre comiendo.)
El nombre de usted.
JOAQUIN. (Con resignado acento.) Joaquin.
REMIGIO. (Escribiendo al mismo tiempo.)
San Joaquin... ese fué padre
de la Vírgen; fué un gran santo,
uno de los más notables.
¿Nació usted el mismo dia?
JOAQUIN. (Cada vez con más lánguida expresion.)
No señor; el dia ántes. (Coge la botella.)
Pongo vino?
REMIGIO. Sí, hasta el borde.
(Llevando la copa á la nariz.)
Buen Jerez! ¡Qué olor esparce!
JOAQUIN. (Queriendo oler tambien.)
Sí, pero no es superior.
REMIGIO. (Saboreando la copa á pequeños sorbos.)
¡Vaya!... De primera clase.
Cómo conforta el estómago
al pasar por el gaznate.
JOAQUIN. A ver?
REMIGIO. Vea usted. (Dándole á oler.)
JOAQUIN. Exquisito.
(Intentando coger la copa.)

Voy... voy á saborearle.

REMIGIO. ¿Va usté á beber?

JOAQUIN. Nada más
que á remojarme las fauces.

REMIGIO. (Alejando la copa.)
No le beba usted en seco,
que puede usted marearse.
(Joaquin desesperado vuelve á tomar la anterior actitud.)
Cuál es el segundo nombre?
Es costumbre en casos tales...

JOAQUIN. (Con voz desfallecida.)
Pedro.

REMIGIO. ¿Cuál?... San Pedro apóstol?

JOAQUIN. No señor; San Pedro mártir.

REMIGIO. (Despues de escribir y cambiando de plato.)
Vamos con el pollo.
(Le despedaza con los dedos.)

JOAQUIN. (Sin poderse contener.) Hombre,
usted no sabe trincharle.

REMIGIO. (Hincando el diente en un pedazo.)
Ni es preciso; con los dedos...
así se despacha ántes.

JOAQUIN. (Insistiendo.) Buscando las coyunturas...
Verá usted... si es lo más fácil...

REMIGIO. Qué, hombre?...

JOAQUIN. Deme usté aquí...
yo soy en esto muy hábil.

REMIGIO. Ya he dicho que no.

JOAQUIN. Con todo,
si usted me permite...

REMIGIO. (Alejando el plato.) Dale!

JOAQUIN. Lástima de pollo!
(Sin apartar de él la vista.)

REMIGIO. (Volviendo á escribir.) Vamos:
la edad?...

JOAQUIN. Treinta y ocho aves;
digo, treinta y ocho años.

REMIGIO. Profesion?...

JOAQUIN. Pintor.

REMIGIO. Bello arte;
muy lucrativo: con todo,

algunos se mueren de hambre.

JOAQUIN. (Me parece que á este tio
le voy á dar un atraque.)

REMIGIO. Decíamos que pintor...
(Joaquin lleva la mano al pastel.)
Deje usted eso, qué diantre!
Al pastel?

JOAQUIN. Eh?... no, á la aguada.

REMIGIO. Bueno, es lo mismo; adelante.
Vamos á tratar ahora
de la union de capitales.

JOAQUIN. De la union?... Ah, no señor,
yo no me uno con nadie.

REMIGIO. Pues don Cenon me decía...

JOAQUIN. ¿Qué sabe ese badulaque?

REMIGIO. De ese modo trata usted
á un señor tan respetable?

JOAQUIN. Es un ente.

REMIGIO. Caballero,
modere usted su lenguaje.

JOAQUIN. (Levantándose.) Yo hablo como me acomoda.

REMIGIO. (De igual modo.)
Permita usted que me extrañe...
Yo le diré á don Cenon...

JOAQUIN. Bueno. (Con tal que se marche...)

REMIGIO. Necesito hablar con él,
porque el asunto es muy grave.

JOAQUIN. Eso es lo más conveniente:
vaya usted á consultarle.

REMIGIO. Voy allá... ¡qué contratiempo!
Y á mí ya se me hace tarde.

JOAQUIN. (Invitándole á salir.)
Cuanto más pronto acabemos...

CENON. Dice usted bien; voy á hablarle. (Se aleja.)

JOAQUIN. Gracias á Dios! (Dirigiéndose á la mesa.)

REMIGIO. (Volviendo.) Caballero,
cuarenta y dos años hace (Llenando la copa.)
que ejerzo, y nunca me he visto
en situacion semejante.
Voy... (Echándose á pechos la copa.)
Á la salud de usted.
(Se va por la derecha.)

JOAQUIN. ¡No te se vuelva baladre!

ESCENA XIV.

JOAQUIN, despues JUSTA.

JOAQUIN. Ya se fué! lo que es ahora
desafío yo al más jaque
á que me dispute el pollo:
ya conseguí echarle el guante.
(Hincando el diente en una pata.)
¡Qué duro está!
JUSTA. (Asomando en la primera puerta derecha.)
Caballero...
JOAQUIN. (Quedándose petrificado con el bocado en la boca.)
Señorita... (Fiero trance!)
(Arroja precipitadamente la tajada.)
JUSTA. (Viéndole con la boca llena.)
¿Qué hace usté?
JOAQUIN. Yo?... nada... estaba...
(Haciendo esfuerzos para tragar lo que tiene en la boca.)
(Qué apuro!... Aunque me atragante.)
JUSTA. ¿Qué tiene usted?
JOAQUIN. Un dolor
de muelas insoportable.
(Y luégo hablan del de Tántalo;
pues mi suplicio es más grande.)
JUSTA. ¿No es más que eso? Pues yo tengo
un elixir admirable;
empapa usté un algodon,
y aplicándolo á la parte...
JOAQUIN. No... ya pasa... ya pasó.
JUSTA. Es un mal insoportable.
Está usted mejor?
JOAQUIN. Sí; y cómo
no lo he de estar encontrándome
al lado de usted? De usted,
tan bella... tan adorable,
tan digna, en fin, de que todos
la respeten y la amen?
Y aún pretende esa garulla

de parientes miserables
en la herencia de la tia
entrar con usté á la parte!
Pero usté se ve obligada
por razones especiales,
y obedeciendo á sus tios,
á contraer un enlace
con un hombre sin fortuna,
y que tal vez no le agrade;
un desconocido, en fin,
porque hasta hallarla esta tarde
usted no me conocía.

JUSTA. Posible es que usted se engañe;
pues Celestino me ha hablado
mucho de su amigo Hernandez.

JOAQUIN. Celestino...

(Martin llega por la derecha y empieza á recoger todo el servicio del velador.)

JUSTA. Mas bien yo
puedo temer que usté acate
los deseos de mi hermano,
y firme los esponsales
por un generoso impulso
y sin meditarlo ántes.

JOAQUIN. Y puede usted suponer?...
pues posible es que no baste
contemplar una vez sólo
ese hechicero semblante
para jurarla el más ciego
y rendido vasallaje?

(Joaquin hace señas á Martin de que se vaya.)

Cuando por mí... por mí sólo
ví á usté acongojada, exánime,
dibujé aquí una memoria...

(Presentándola el álbum.)

JUSTA. Mi retrato!...

JOAQUIN. Con el lápiz...
Es un ligero bosquejo...

JUSTA. Son mis ojos...

JOAQUIN. (Á Martin, sin poderse contener.) Deja ese ave. —
Ay, no; que son los de usted
más negros... más deslumbrantes.

JUSTA. ¡Qué parecido!
JOAQUIN. (Estallando.) Animal!
No te he dicho que te marches?
JUSTA. ¿Qué es eso? (Martin lo recoge todo y se va.)
JOAQUIN. Se lo ha llevado!
JUSTA. ¿Qué?
JOAQUIN. Cuando él no me las pague!...
JUSTA. ¿Con quién habla usted?
JOAQUIN. Conmigo.

ESCENA XV.

JOAQUIN, JUSTA, DOÑA SINFOROSA y D. CENON.

CENON. (Con una carta en la mano.)
¡Esto es indigno!
SINF. ¡Es infame!
JOAQUIN. Qué es esto?
JUSTA. ¿Qué ha sucedido?
SINF. Vete, niña.
JUSTA. Pero...
CENON. Márchate.
JUSTA. Pero tia...
SINF. Vete, digo!
(Justa se va por la primera puerta.)

ESCENA XVI.

DOÑA SINFOROSA, JOAQUIN, D. CENON.

SINF. ¡Qué horrible afrenta!
CENON. ¡Qué ultraje!
Introducirse en mi casa...
SINF. Comprometernos delante
de todo el mundo!...
JOAQUIN. Señora...
Don Cenon...
CENON. Accion cobarde!
Indigna de un caballero!
JOAQUIN. ¿Pero quiere usté explicarse?
CENON. ¿Conoce usted esta carta?
JOAQUIN. Yo no.

SINF. Si es abominable!
JOAQUIN. Pero...
CENON. Es inútil negar.
SINF. Le hemos cogido *in fraganti.*
CENON. Todo al fin se ha descubierto.
SINF. Sí señor; todo se sabe.
JOAQUIN. Me alegro; de esa manera
ya es inútil que yo hable.
CENON. ¡Y lo confiesa!
SINF. ¡Y lo afirma!
JOAQUIN. Eh! Basta ya de visajes!
CENON. Conque habiéndose casado...
SINF. Hace diez dias... en Cádiz!
CENON. Comete usté el negro crímen
de contraer nuevo enlace!
SINF. ¡Polígamo!
JOAQUIN. ¿Yo casado?
¿Quién dice tal disparate?
CENON. Mi sobrino, en esta carta.
SINF. Y bien claro y terminante.
JOAQUIN. Ya comprendo: ese será
el otro Joaquin Hernandez.
SINF. ¿Qué dice?
CENON. Explíquese usted.
JOAQUIN. La explicacion es muy fácil.
No soy yo el que ustedes creen,
ni aquí he venido á casarme,
ni sé quién es Celestino,
ni conozco á quien le trata.
CENON. Pero usté es Joaquin?...
JOAQUIN. El mismo.
CENON. Pero no es usted?...
JOAQUIN. Cabales.
CENON. Pues quién es usted?
JOAQUIN. El otro.
CENON. Y el otro quién es?
JOAQUIN. Hernandez.
CENON. Y á qué ha venido usté entónces?
JOAQUIN. Yo? Á comer.
SINF. ¡Vírgen del Cármen!
CENON. Y ese bruto de Martin!...
JOAQUIN. Ese!... ese!

SINF. Que venga; llámale.

(D. Cenon toca un timbre: Martin llega por la dercha.)

ESCENA XVII.

DOÑA SINFOROSA, JOAQUIN, DON CENON y MARTIN.

CENON. ¡Qué has hecho, estúpido!

SINF. ¡Imbécil!

(Joaquin se abalanza de pronto al cuello de Martin.)

MARTIN. ¡Que me ahoga usted!

JOAQUIN. Dios te ampare.

SINF. No toque usté á mi criado.

CENON. Modere usté esos arranques.

JOAQUIN. Edúquele usted mejor.

MARTIN. (Desprendiéndose.)
Á mí no me pega nadie.

CENON. (Cogiendo á Martin de un brazo.)
Ven acá tú.

SINF. (Cogiéndole del otro.) Ven aquí.

JOAQUIN. (Interponiéndose.)
Habla: no has ido á buscarme
al parador de la Granja?

MARTIN. Sí señor.

JOAQUIN. No ibas de parte
de tu amo? Y al oir mi nombre,
y luégo al examinarme,
no dijiste que las mías
eran señas terminantes?
¿No me citó tu señora?
¿No me diste su mensaje?
No dijiste, en fin, que aquí
me esperaban esta tarde
para comer?

MARTIN. Sí señor;
pero aún no es hora.

JOAQUIN. (Despidiéndole de un puntapié.) Tunante!

ESCENA XVIII.

DOÑA SINFOROSA, JOAQUIN, D. CENON.

CENON. Yo estoy sofocado.
SINF. (Buscando apoyo en un mueble.)
Á mí
me está ahogando ya la sangre!
CENON. ¿Pero á qué iba usté á la Granja?
JOAQUIN. Yo? Á nada; á estudiar paisajes.
Una expedicion artística;
soy pintor... por otra parte,
yo iba á casa de mi tio
don Luis Hernandez y Hernandez,
famoso capitalista,
natural de Castro-Urdiales,
que me espera en su palacio
de Riofrio, y voy...
CENON. ¡Calle!
¿Don Luis es tio de usted?
JOAQUIN. ¡Vaya! hermano de mi padre;
corro á arrojarme en sus brazos.
(Se dispone á salir.)
SINF. (Cayendo desfallecida sobre un sillon.)
¡Ay!
CENON. Anda!... Este sí que es lance!...
Se desmayó... caballero!...
Socorro!
JOAQUIN. (Volviendo.) Otra misa sale?
JUSTA. (Acudiendo por la primera puerta.)
Ya vuelve.
(Doña Sinforosa se incorpora en brazos de Justa.)
CENON. (Viendo aparecer á D. Remigio seguido del acompañamiento por la derecha.)
Ellos son: no habrá
quien de este apuro me saque?
JOAQUIN. Yo.
SINF. ¡Todo perdido!
CENON. Usted?
JOAQUIN. Sí; yo seré quien les hable:
yo les diré á estos señores...

diré que una lamentable
equivocacion...

CENON. ¡Silencio!
Eso sería arruinarme...
Tomemos otro partido.

JOAQUIN. Tómele usted si le place;
lo que es yo no tomo nada
como no tome algo ántes.

ESCENA XIX.

DOÑA SINFOROSA, JUSTA, JOAQUIN, D. CENON, D. REMIGIO, ACOMPAÑAMIENTO.

REMIGIO. Don Cenon, el tiempo vuela;
y cuanto ántes se despache...

CENON. Un momento.—Caballero,
(A media voz á Joaquin.)
solo usted puede salvarme.
Usted es un jóven digno...
Su tio de usté años hace
que me honra con su amistad
y todo puede arreglarse.
Le gusta á usté mi sobrina?

JOAQUIN. ¡*Bocato di cardenole*!

CENON. Pues cásese usted con ella.

JOAQUIN. Lo que es eso de casarme...

MARTIN. (Abriendo de par en par la pusrta del fondo.)
La mesa está ya servida.
(Se desrubre la mesa espléndida y abundantemente cubierta. Joaquin se abalanza á ella.)

JOAQUIN. ¡Oh felicidad!
(Todos le detienen: D. Cenon se le abraza al suello.)
¡Dejadme!

CENON. Deténgase usted.

JOAQUIN. No puedo;
estoy desmayado de hambre.

CENON. No se sienta usted á la mesa
como ántes no se case.

JOAQUIN. Me han cogido.

CENON. (Cogiendo á Justa de la mano y presentándola á Joaquin.)
Ven acá.
Mírela usted.
JOAQUIN. No hay escape.
SINF. Hágala usted venturosa.
JOAQUIN. (Estrechando la mano de Justa.)
Lo será usted?
JUSTA. Como nadie.
CENON. (Dirigiéndose con Joaquin al acompañamiento.)
Presento á ustedes...
REMIGIO. Que sea
por muchas eternidades.
CENON. Fírmense ahora los contratos,
y á la mesa.
JOAQUIN. Oh, dulce instante!

—

Por el hambre que me agobia,
ya que el aplauso no encaje,
no desaireis mi viaje
desde la Granja á Segovia.

FIN DE LA OBRA.

TITULOS.	Actos.	AUTORES.	Prop. que corresponde
COMEDIAS Y DRAMAS.			
nujer de Putifar	1	D. Juan Bergaño	Todo.
veleta	1	Luis Pacheco	»
lunas del amor	1	R. Garcia Santisteban.	»
encantos de la voz	1	Manuel Juan Diana	»
rtos que resucitan	1	Pedro Escamilla	»
un majuelo	1	Luis Pacheco	»
le la Granja á Segovia	2	Emilio Alvarez	»
erdugo de mi hijo	3	Sres. E. y Alberto E. Rossi	»
nejor conquista	3	Juan José Herranz	»
ZARZUELAS.			
conspiracion	1	M. Genaro Rentero	Libro.

OTA. Han pasado á la administracion de esta Galería todas las as de la titulada *El Teatro Económico*, propiedad de los Sres. Don Llorente y D. Cárlos Borghini; y dejado de pertenecer la música de arzuela an un acto *Als Lladres*, de D. Benito Monfort.

PUNTOS DE VENTA.

MADRID.

En la librería de los Sres. *Viuda é Hijos de Cuesta*, calle de Carretas, núm. 9.

PROVINCIAS.

En casa de los corresponsales de esta Galería.

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares directamente al EDITOR, acompañando su importe en sellos de franqueo ó libranzas, sin cuyo requisito no serán servidos.